



## REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

## AÑO 3.º—NÚMERO 3.

DIRECTORA.  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Enero de 1877.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

## SUMARIO.

**El Prestamista**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez. **¡Tú primero!** poesía, por doña Emilia, Calé Torres de Quintero. **Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez. **Rimas**, poesía, por don Domingo Arjona Casado. **Las alas de Ícaro**, por don J. de D. Ruiz. **Variedades**.

## EL PRESTAMISTA.

UNA HISTORIA COMO HAY MUCHAS.

(Conclusion.)

Al día siguiente, Julio con un abultado paquete en la mano, se presentó en casa del usurero.

—Señor, le dijo con acento profundamente conmovido: vengo á traer á V. diez mil reales de la cantidad que mi padre le debe.

Los pequeños ojos de Martorell brillaron un instante con la llama de la codicia: tendió sus afiladas manos al dinero que Julio le ofrecía, y se apoderó de él murmurando al par:

—Diez mil reales.... diez mil reales.... pero ¿y lo demás?

—Ah! no hemos podido reunir otra cosa; y si

V. supiera cuántos afanes, qué penosos sacrificios hemos tenido que hacer! La desgracia nos persigue! nuestro comercio se halla perdido, nuestro almacén casi vacío y la miseria amenazándonos muy de cerca!

—Con que, casi perdidos! próximos casi á la miseria! murmuró el avaro cuya deprimida frente se puso pálida y cuyos delgados labios se comprimieron.

—Oh! sí señor, exclamó Julio con angustia; mi padre, anonadado no sabe ya qué hacer: mi madre, enferma desde ayer, teme á cada paso ver que la justicia allana su morada, y mi pobre hermana y yo casi hemos renunciado á nuestra parte de felicidad en el mundo para traer á V. ese oro. ¡Ese oro, continuó el joven animándose y con la voz empapada de lágrimas; ese oro que representa las ilusiones de una pobre niña, la ternura y los desvelos de una madre, el porvenir y quizá la vida de un hijo! Tómeme V. y tenga piedad de mi padre! Tómeme V. y no amargue sus últimos días con una demanda judicial, con la humillacion, con la cárcel!

—Esto no es bastante, murmuró friamente Martorell; don Pedro me debe tres veces mas que ese dinero.



—¡Tres veces mas!

—Poseo un pagaré que lo acredita, bien lo sabe V., y es justo que trate de hacerlo efectivo.

—Oh! va V. á matar á mi padre.

—Y qué me importa? yo solo quiero mi dinero.

—Pero ¿no le he dicho ya que nada tenemos?

—La justicia se encargará de averiguarlo.

Aquella respuesta era cruel.

Julio tembló: una nube oscureció sus ojos; pero pensó en su padre, y juntando las manos con ademán suplicante,

—Óigame V., exclamó; óigame V. un instante: yo soy jóven, fuerte: puedo trabajar ocho.... diez.... muchas horas todos los días! ocúpeme V. en lo que quiera! yo me ofrezco á servirle hasta extinguir la deuda de esos réditos.

Martorell le miró con desden, murmurando:

—Jóven, yo solo quiero dinero! V. se acalora, y los negocios no pueden tratarse así. Es inútil, pues, que sigamos hablando.

Aquel hombre era de hielo, tenia la ley en su favor. ¡Qué podía hacer el pobre Julio!

Salió de allí llorando y sin esperanza.

Cuando llegó á su casa, loco, desesperado por la esterilidad de su sacrificio, la pobre Ana salió á su encuentro pálida, desolada, anegada en llanto.

—¿Qué tienes? la preguntó alarmado.

La triste niña se arrojó en sus brazos presentándole un papel y diciendo entre sollozos:

—Todo se conjura contra nosotros, pobre hermano mio. Lee, lee por Dios.

—Soldado! exclamó Julio despues de mirar aquellos renglones, palideciendo densamente y anonadado ante esta nueva desgracia.

—¿Lo saben ellos? añadió muy bajo señalando á la habitacion en que estaban sus padres.

—No he tenido valor de decírselo aun. ¡Oh! cuando sepan lo que has hecho, cuando sepan que te tienes que separar de nosotros y que no pueden impedirlo!.... porque tú has dado el dinero á Martorell, ¿no es cierto?

—Sí, respondió Julio sombríamente.

—Y él....?

—Lo ha tomado; mas no cesará en la demanda. ¡Quiere el total!

—¿Pero no vé que es imposible?

—Ese hombré es de roca, no tiene corazon!

—Con que nuestro padre....?

—Calla, calla por Dios!

Los dos jóvenes se abrazaron llorando.

La madre apareció en aquel instante y les preguntó alarmada:

—Qué teneis?

—Nada, nada, contestó Ana guardando con

rapidez en su pecho la papeleta de soldado de Julio; nada, madre mia.

—Tu padre os ha oído hablar, dijo la pobre mujer, cuyo semblante estaba desfigurado por el sobresalto y las lágrimas: os ha oído hablar y os ha llamado. ¡Por Dios que enjuguéis vuestros ojos para entrar, que no se aflija viendo vuestro pesar! El infeliz está muy agitado.

Apenas habian llegado junto á don Pedro sus hijos, y antes que hubiera podido hacerles una pregunta, un ruido de pasos que se escuchó en la escalera, hizo latir con afán aquellos cuatro corazones.

—¿Qué es eso? preguntó el comerciante viendo entrar azorado al único dependiente, niño aun, que le quedaba; ¿qué es eso?

—¡Señor! es que ahí está el escribano y los alguaciles: es que vienen á embargar nuestros géneros.... es que vienen á....

El niño no se atrevió á repetir las palabras que acababa de oír.

Algunos agentes de justicia que entraron en la estancia, se iban á encargar de terminar la frase contenida en sus labios.

Uno de aquellos hombres se acercó para anunciar á don Pedro que á instancia de Martorell quedaban incautados por la justicia cuantos efectos poseia; quedaba cerrada su casa, quedaba su honradez puesta en duda, quedaba imposibilitado de alzar la frente sin cubrirse de ignominia; quedaba, en fin, reducido á la miseria!

Al escuchar estas palabras, Ana cayó sin sentido en los brazos de su madre, y Julio murmuró algunas frases que nadie pudo entender; en cuanto á don Pedro, lo oyó todo sin despegar los labios; pero cuando se apercibió de que la cantidad porque le demandaban no era el total de la deuda,

—¿Cómo! preguntó con asombro, ¿pues quién ha dado por mí esos diez mil reales?

Julio entonces le refirió cuapto habia pasado aquel dia.

El desgraciado padre le miró con una mezcla de cariño inmenso y de infinita amargura. Su rostro estaba pálido, sus facciones contraídas. ¡Cuánto mas digno consideraba de su amor á aquel hijo modelo, tanto mas le aterraba la idea de poderle perder!

En aquel momento, un grito agudo salió de los labios de su esposa! uno de esos gritos que desgarran el alma de donde salen, y que hacen estremecer el corazon del que los escucha.

Era que al desabrochar el traje de Ana para que volviese á la vida, respirando con libertad, su mano habia tropezado con un papel, y aquel papel era para ella una sentencia de muerte;



era la separación de su hijo, era el anuncio de que éste debía ingresar en las filas del ejército.

Don Pedro lo vió también, también supo la terrible verdad!

Y aquel hombre que perdía en un momento bienestar, nombre, hogar, hijo, esperanza, ¡todo! sintió que un vértigo se apoderaba de su cabeza, que sus ideas se turbaban, que estallaba su corazón!

Y se oprimió la frente con ambas manos.... y permaneció un instante inmóvil, mudo, mientras en su cerebro se efectuaba una terrible revolución.... y al cabo lanzó una carcajada convulsiva, espantosa! una carcajada que puso el sello al dolor de aquella escena.

El infeliz estaba loco!

Lo que allí pasó es imposible describirlo!

Dos ó tres días después, don Pedro, la desgraciada víctima de Martorell, era conducido al hospital de dementes, sujeto como un malhechor, y con las manos atadas, porque se resistía á abandonar aquella casa, de la cual salían también al par su pobre esposa y sus desventurados hijos, mientras el avaro cobraba el oro de la usura, vendiendo en pública subasta todo cuanto pertenecía á aquella triste familia.

¡Ni un solo escudo dejó de percibir de aquel funesto dinero, en que el miserable cifraba toda su alma!

Pero ¿creeis que fué dichoso? ¿creeis que Dios podía permitir que lo fuera?

¡No! Si Jesucristo arrojó del templo con un látigo á los prestamistas judíos, ¿cómo había de dejar á aquel usurero que se llamaba cristiano, disfrutar en paz el fruto de su reprobado tráfico?

Un día halló en la calle á Julio y á Ana, y á pesar de que hacía poco tiempo que los viera por última vez, le costó trabajo reconocerlos. ¡Tanto había desfigurado su semblante el dolor y la miseria! Vestían de negro luto, y Martorell se estremeció! Iban camino de la casa de locos, y el usurero tembló agitado.

Aquel luto revelaba la muerte de una mujer, que no había podido resistir tanta desgracia, y que había bajado al sepulcro maldiciéndole acaso!

Aquel camino, Calvario doloroso para los jóvenes, probaba que un infeliz privado de la razón, aguardaba como solo bien la visita de aquellos amantes y buenos hijos! aquellos hijos que careciendo de lo más necesario para la vida, se apoyaban uno en otro sin más patrimonio que el trabajo y las lágrimas.

Martorell, al ver aquel terrible infortunio oca-

sionado por su avaricia, espantado de su obra sintió por vez primera en su corazón el grito del remordimiento. Y desde entonces sus noches pasaban sin dormir, creyendo oír aquella carcajada horrorosa que le llenaba de espanto! ¡creyendo ver en la oscuridad de su alcoba la sombra de aquella mujer que le acusaba de su muerte!

¡Oh! aquel hombre fué muy infeliz.... Lo es aun, porque vive consumido por el terror, espantado siempre: ansiando el oro, y creyendo verle siempre empapado en lágrimas: queriendo expecular con su dinero, y sin atreverse á ello, porque tiene miedo á la locura.

¡Pobre millonario, cuya riqueza no puede darle felicidad ni paz! Mas desgraciado que sus víctimas, cruza la existencia con menos consuelos y menos esperanzas! Ellas llorando, al alzar al cielo sus ojos, aguardan y confían en otro mundo mejor, recordando que Dios ha dicho: «Bienaventurados los que lloran;» ¡pero él... él...! ¡Oh! si en este mundo puede soportar el peso de su conciencia, si no le abruma los males que ha ocasionado, si el recuerdo de esa familia cuyo porvenir ha destruido, le dejan vivir en paz; llegará un día, día terrible, en que tendrá que dar estrecha cuenta de sus acciones ante Dios, en que encerrado bajo un puñado de tierra, dejará en el dintel de la tumba sus tesoros y su riqueza: un día en que el oro que acumuló, caerá derretido y gota á gota en su corazón: un día en que el Juez Supremo vendrá á juzgarle, y, ¡ay de él! si el arrepentimiento no ha borrado de su alma las manchas que imprimió en ella su sordida avaricia y su reprobada usura.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## TÚ PRIMERO.

Á LA MEMORIA DE MI PRIMO

TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

—«Cuando mire cumplido  
De mi jornada el misterioso plazo;  
Y al eco de un gemido,  
el alma rompa su terrestre lazo:  
Irás tú, presuroso,  
Cual intérprete fiel de mi deseo,  
grabar, cariñoso,  
Tu recuerdo en mi humilde mausoleo.»—  
En días no lejanos  
Así te dije en dulce confidencia,  
Cuando un amor de hermanos,  
Grata hacía correr nuestra existencia:  
—«No, mis días son breves,



Dijiste con acento de alegría:  
Tal vez tú presto lleves  
Una flor á la pobre tumba mia.»—

Ya verdad es tu fallo;  
Hoy mi memoria llevaré á tu huesa;  
Que dispuesta me hallo  
Á cumplir esa fúnebre promesa.

Flores, lágrimas, preces,  
Ahí tienes el tributo que te envió;  
Si él es cual tú mereces,  
Colmado está el deber del amor mio.

Distante de tu fosa  
No puedo orar en tan querido suelo;  
Mas puede el alma ansiosa,  
Mandar su llanto y su plegaria al cielo.

Y si esa tumba oscura  
No ostenta el oropel que el fausto créa,  
Te daré fresca y pura  
Una flor que de amor simbolo sea.

No temas que agostarla  
Pueda el aire que oréa tus despojos;  
Pues yo sabré regarla,  
En tanto guarden lágrimas mis ojos.

Luego.... en mi postrer sueño,  
Cuando el cuerpo sucumba en su agonía,  
¿Quién pondrá con empeño  
*¿Una flor en la pobre tumba mia?*

Emilia Calé Torres de Quintero.

Lugo, Noviembre 1876.

## CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Maria á Fabian.

¡Cuán dulce me ha sido saber de tí, hermano mio! con qué afán leí tu carta, y con qué placer contemplaba aquella letra trazada por tu mano, que me traía tus pensamientos!

Me parecia estarte escuchando; me parecia estarte viendo en tu modesto cuarto, sentado ante una mesa, estampando en el papel los sentimientos de tu alma, y con mi nombre acaso en los labios.

Oh! tambien por una singular casualidad mi ventana, como la tuya, cae á un jardin, y como tú, tambien en mis horas de descanso, en esas pocas horas que me pertenecen, que son mías, puedo mirar el cielo, y los árboles, y las flores, que me recuerdan nuestra casa.

Me admira, Fabian mio, cuanto me refieres, y espero con impaciencia tu segunda carta, por si en ella puedes decirme algo mas de esa familia en cuya casa te hallas.

¿Quién será esa pobre niña vestida de luto,

tan enferma y tan melancólica, y quién será tambien esa jóven que ejerce sobre ella tan triste influencia?

Te confieso que me intereso por esa pequeña criatura y que quisiera estar á su lado; ¿y cómo no, si parece que sufre y que es desgraciada?

¡Ay de mí! no sé qué propension hay en mi alma que me arrastra hácia el que padece; por eso voy á complacerte con gusto, hablándote de este infortunado y noble conde Horacio, que ha sido para mí el mas simpático de toda esta familia, mimada por la suerte, y halagada por todas las dichas de la vida.

En medio de estos seres que gozan y que son felices, él sufre solo sin duda alguna.

Jamás lo dice, jamás lo manifiesta; yo, sin embargo, lo adivino.

Y lo mas extraño, lo mas singular es que su esposa parece ignorarlo.

Ayer nos hallábamos todos en el salon, al cual habia yo conducido á la anciana condesa.

Su hija Amelia se ocupaba en examinar algunos ricos prendidos, que una doncella la presentaba.

Por la noche debia asistir á un baile dado por una de sus amigas, y las órdenes que dictaba para su traje la preocupaban de tal modo, que no la dejaban ver la contrariedad que revelaba el semblante de su esposo.

Yo habia acabado de leer las postreras páginas de un libro de Becquer, y esperaba en silencio que me diesen nueva ocupacion.

Un suspiro breve, y tan ahogado que acaso yo sola le percibí, llegó á mi oído.

Entonces, y sin saber por qué, fijé mis ojos en el conde.

La última luz de la espirante tarde se reflejaba sobre su frente.

Aquel rostro estaba demudado, y en sus labios vagaba una sonrisa tan amarga, que se asemejaba á la contraccion de un dolor profundo.

—¿Por qué no renuncias á esa fiesta, Amelia, dijo la condesa dirigiéndose de improviso á su hija, y obedeciendo acaso á un oculto pensamiento.

—¿Y para qué? respondió ésta con un acento frio y altivo; ¿por qué he de negarme á presentarme en él, si así lo exige un deber de sociedad?

—El estado de tu esposo podia servirte de excusa.

—Y ¿tengo yo, por ventura, la culpa de su mal? ¿puedo evitarlo ni aminorarlo con mi presencia? respondió la jóven; además, he dado mi palabra de ir, y debo hacerlo: estoy resuelta.

Los descoloridos labios del conde se agitaron como si hubieran ido á pronunciar una frase; pe-



ro esta frase quedó apagada en ellos, pues aquellos labios no articularon un sonido.

Amelia, despues de las breves palabras que habia cruzado con su madre, se levantó y se acercó á su esposo.

—Ya he terminado mis preparativos para esta noche, le dijo; ¿quieres continuar dictándome, y volveré á tomar la pluma para que acabes tus versos?

—No, respondió el conde con un acento de dolorosa ironía; no, ¿á qué privarte de un tiempo que puedes emplear mas agradablemente?

—Como quieras, respondió ella sin comprender quizás el sentido de aquellas frases, ó fingiendo no comprenderlo: como quieras; pero todavia no es hora de empezar mi tocado, y podia dedicarte algunos momentos.

—¡Algunos momentos! murmuró el conde con voz sombría.

—Sí, añadió su esposa; mas puesto que prefieres otra cosa, tomaremos el té, y luego, mas tarde, cualquiera podrá reemplazarme y servirte de amanuense. María, por ejemplo, que tiene tiene gran dosis de paciencia y que no se fastidiará por ello; dijo dirigiéndose á mí.

Yo me apresuré á responder que estaba dispuesta á hacer lo que se me ordenase, pero el conde nada respondió.

Mandé que sirvieran el té.

Todos estaban contrariados sin duda.

Al verlos recordé involuntariamente nuestro hogar, nuestras bellas noches pasadas junto á nuestra madre, con tanto amor, con tanta expansion y con tan dulce ternura.

Aquí, ¡cuanta diferencia, hermano mio! parecen rotos todos los lazos del corazon, extinguidos todos los amores del alma!

Amelia miró dos ó tres veces con impaciencia su reloj, hasta que al fin se levantó y salió de la estancia, despues de dirigir á su madre y á su esposo algunas frias palabras de despedida.

La pequeña Elvira, confiada al cuidado de una camarera, iba á retirarse tambien; pero yo me acerqué á ella y murmuré á su oído:

—Elvira, hija mía, ¿por qué no te quedas aquí para embellecer la soledad de tu padre?

La niña volvió su encantadora cabeza, y fijó en mí sus hermosos ojos azules, en que se pintaba la mas viva extrañeza.

Acaso no comprendió bien lo que yo habia querido decirle, por que me preguntó:

—¿Yo? ¿para qué? mamá nunca me manda quedarme al lado de papá.

—No importa: esta noche no está ella aquí y se alegrará que tú la reemplaces junto á él.

—Pero, ¿qué voy yo á decirle? murmuró con algun embarazo.

—¡Oh! lo que tú quieras, le contesté; una palabra de amor, una dulce caricia de un hijo bastan á llevar la dicha á el alma de su padre!

—De veras? exclamó con candorosa inocencia; entonces voy á decir á papá de continuo que le quiero mucho, para que esté menos triste.

Efectivamente, se aproximó al conde, saltó sobre sus rodillas, rodeó su cuello con sus inocentes brazos, y le prodigó mil frases amorosas en su lenguaje infantil.

Yo la contemplaba en silencio, y, no sé por qué, pero sentí que una lágrima temblaba en mis pestañas, al ver otra lágrima caer lentamente de los apagados ojos de aquel hombre.

Una voz acre y destemplada vino á hacerme estremecer.

Era la anciana condesa que me llamaba impetuosamente.

Me aproximé á ella y entonces me ordenó que tomase de nuevo un libro.

Obedecí, y abrí el primero que hallé á la mano.

Leí algunos renglones que sin duda no fueron de su agrado, pues me mandó cambiarle por otro.

Cumplí de nuevo su deseo, y de nuevo tuve que suspender la lectura.

La condesa estaba aquella noche nerviosa é irascible, y nada la agradaba.

—Vamos, dijo: déme V. el brazo y lléveme á mi habitación; quiero recogerme ya.

Salimos del salon y nos dirigimos á su departamento.

Una vez allí la ayudé á desnudar y á meterse en su lecho.

—¡Oh! esta hija, decia entre tanto: esta hija no se cuida ya de su madre; la abandona á manos extrañas, mientras ella corre á mostrarse en público, á gozar de esas fiestas, á...

—Perdone V., la dije con dulzura; yo ya no soy una estraña para V.; todo mi afán se cifra en complacerla y agradarla: tal vez por eso la señorita cede un instante á las exigencias que impone el mundo, dejándola á V. confiada á mis cuidados.

—¡V. la defiende! me dijo admirada.

—¡Oh! sí: porque comprendo que su corazon es bondadoso y que la ama á V. mucho, á pesar de las apariencias.

—María, es V. demasiado buena, me dijo con voz mas suave que de ordinario: mi hija trata á V. con excesiva altivez y V. en cambio la disculpa á mis ojos.

—Es que.... murmuré tímidamente.

—Sí, tal vez tenga V. razón, añadió; tal vez



Amelia no sea tan desnaturalizada para mí como yo creo: esta idea me consuela. Gracias, María! Ahora voy á dormir un rato, ocúpese V. en lo que quiera, y luego, tarde, muy tarde, cuando mi hija vuelva, aviseme V. para quedar ya tranquila.

Corrí las cortinas del lecho, y me dirigí de nuevo al salon con intento de recoger mi pañuelo.

Elvira se habia dormido con la cabeza apoyada en las rodillas de su padre, y éste permanecia aun en el mismo sitio, sombrío y pensativo.

Al sentir mis pasos alzó la cabeza y murmuró:

—¿Eres tú, Pedro?

—No, señor, respondí; soy yo que venia por mis libros y mi labor.

—Creí que éra mi ayuda de cámara, contestó.

—Si necesita V. alguna cosa, yo puedo....

—No, gracias, me dijo; gracias.

Cogí los objetos que buscaba y me dirigí á la puerta; pero al llegar allí me detuve.

El ruido de un carruaje hizo temblar los cristales del salon, y del pecho del conde se escapó una exclamacion terrible.

Involuntariamente me acerqué á él.

—¿Todavía está V. aquí? murmuró casi con enojo al sentirme á su lado.

—He pensado oír su voz y creí que me llamaba; le dije á mi vez turbada.

—¿Ha partido ya? preguntó; ¿ha partido ella ya?

—Tal vez sí; ese ruido es sin duda el del carruaje de la señora.

—¡Solo! exclamó con angustia y cólera; ¡solo!

Entonces, deseando consolarle y sin saber casi lo que hacia, moví á la niña para que despertase, y ella, sorprendida en su inocente sueño, murmuró con voz dulce y entrecortada el nombre de su padre.

El conde se estremeció; dejó caer suavemente su mano sobre la rubia cabeza de su hija, y á la expresion airada de sus facciones, sucedió otra de profunda y melancólica tristeza.

—¿Quiere V. que llame á la camarera de Elvira? le pregunté.

—No, déjela V. aqui, respondió; al sentirla apoyada sobre mis rodillas no es tan amarga mi soledad.

Mi situacion era violenta. No sabia si alejarme ó permanecer en aquel sitio.

En medio de mi duda recordé las palabras de Amelia, y le dije con timidez:

—Señor conde, la noche es larga, las horas son pesadas, V. creo que hacia hoy unos versos..... ¿quiere V. dictar y yo escribiré? así al menos se distraerá y el tiempo correrá menos lentamente.

—Es V. muy bondadosa, señorita; me dijo:

—Oh! no, yo no, le dije con prontitud; ha sido la señora quien me ordenó que así lo hiciera.

—¡Ella! contestó suspirando, ella.... gracias de todos modos, gracias; pero esta noche mis ideas serian tan dolorosas que temo entristecer á V., á quien sin duda la vida es aun hermosa; mañana.... otro dia aprovecharé su ofrecimiento y sus servicios.

En aquel instante su ayuda de cámara entro en el salon, y yo me dispuse á retirarme.

Al salir pude oír una palabra que me hizo temblar, pues aquel hombre decia á su señor:

—He seguido el carruaje y traigo malas noticias.

—¡Oh! dí, respondió el conde con ansiedad.

Ni una palabra mas llegó á mi oído, pues desde aquel instante la conversacion siguió bajo, muy bajo.

Me he extendido demasiado y es ya tarde; solo tengo tiempo para decirte adios, hermano mio, adios hasta otro dia, tu—*María*.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## RIMAS.

¿Visteis alguno al bruto desbocado,  
Hinchada la nariz, las crines sueltas,  
Arrasar cuantas flores á su paso  
tendió la primavera?

Pues lo mismo sucede con el hombre,  
Que de abismo en abismo se despeña,  
Persistiendo en cruzar sin fé y sin alma,  
los campos de la idea.

Domingo Arjona Casado.

## LAS ALAS DE ÍCARO.

(Continuacion).

—Al menos debian hacérsela aceptar con mas reserva, dijo Estéban. Por otra parte, á qué abandonar una profesion que nada tiene de vergonzosa, y á la que nosotros podemos honrar? El título de capacidad que un gran escritor nos dió ayer, es una razon para desertar del gremio de los trabajadores? Se ha de mirar á estos como una clase despreciable, condenada á la brutalidad y á la ignorancia? Á qué fin llevar nuestra inteligencia á otra parte, cuando podemos emplearla entre nosotros mismos? Por qué hacernos poetas de un mundo que no conocemos, cuando podemos serlo de este en que vivimos?



—Es decir, que querrás trabajar para los ignorantes! interrumpió Francisco con desden.

—Á fin de que puedan dejar de serlo, replicó vivamente Estéban. Crees, pues, imposible cultivar entre los trabajadores los gustos delicados, reservados hasta aquí á los hombres desocupados? No ves ya los progresos. La lectura, la música son populares; la poesía tambien puede llegar á serlo. Á nosotros nos corresponde contribuir á esta educacion de nuestros hermanos: cantar para ellos, con ellos, y hacerles ver con nuestro ejemplo, que el sudor del trabajo no detiene el vuelo del pensamiento.

—Loca ilusion! dijo Francisco meneando la cabeza; el trabajo del cuerpo que nos acerca á los brutos, y la inspiracion viene solamente en la comodidad y descanso. Los poetas se parecen á las abejas, que no pueden componer su miel sino con el jugo de las flores.

Estéban quiso responder, pero su primo no le escuchó mas. Atraído hácia la nueva condicion que se le proponia, con todos los atractivos de la vanidad y holgazaneria, puso coto á las objeciones del jóven obrero, declarándole que cada cual obraria á su gusto, y continuó corrigiendo sus poesías, mientras que Estéban volvía á su trabajo.

Algunos dias despues, Francisco llevó en persona sus manuscritos al académico, que le habia ya buscado un editor, quien le envió el primer tercio del precio convenido. Le convidó al mismo tiempo á una de sus tertulias, advirtiéndole que queria presentarlo á sus amigos.

—En adelante sereis de los nuestros, añadió graciosamente; una nueva vida va á empezar para vos; es menester hacer el aprendizaje. El comercio de las inteligencias se parece al de las demás cosas: lo que pide antes que todo es el ser conocido. Es indispensable que conozcais á los otros escritores y que ellos os conozcan, que os reciban y que los recibais. Se habla mal del compañero á quien no se conoce; pero se atiende al que se encuentra todos los dias, sino por voluntad, al menos por respeto humano. Teneos por advertido y tomad vuestras medidas.

Francisco no se lo hizo decir dos veces. Desde el dia siguiente reemplazaba su vestido de trabajador, por el traje negro del *ciudadano*, y abandonaba el pasadizo de Bastour, para habitar un cuartito en la calle de la Universidad.

En el momento de despedirse de la tia Marta, las miradas de la anciana parecieron cubrirse de una nube, y una lágrima, deslizándose á traves de sus pestañas, cayó rodando sobre su rostro inmóvil.

—Mira, dijo Estéban atónito; la abuela no habia llorado desde la muerte de su hijo.

—Yo redimiré esta lágrima haciéndola partícipe de mi suerte, replicó Francisco.

Y abrazando de nuevo á la paralítica, estrechó la mano de su primo y partió; pero volvió al dia siguiente y los consecutivos, y á cada visita anunciaba un nuevo triunfo. Una vez habia leído sus versos en una reunion compuesta de los escritores y artistas mas conocidos de la época, y todos habian aplaudido con entusiasmo; otra vez llevaba un artículo impreso que lo colocaba anticipadamente en el primer rango de los poetas contemporáneos. Su colaboracion habia sido ya solicitada por muchos periodistas, y el librero queria emprender la impresion de un tomo de sus poesías.

Estéban se alegraba francamente de tantos triunfos; pero cuando Francisco le inducia á seguir su ejemplo, meneaba la cabeza y se le volvian á presentar todas sus dudas.

Las poesías del jóven obrero aparecieron al fin, y esta salida ruidosamente anunciada, fué una especie de acontecimiento literario. Todos querian conocer los versos del cincelador; la edicion fué agotada en algunos dias y se publicó una segunda. Francisco, conducido por su protector á los salones de moda, se habia hecho la curiosidad del dia; se le hacian recitar sus versos; se le pedian detalles sobre su antigua vida; las mujeres á la moda hacian círculo alrededor de él, y se extasiaban con sus palabras. El jóven obrero ébrio de alegría y orgullo, se dejaba llevar de este triunfo. Su tiempo se pasaba en hacer ó recibir visitas, en escribir en los albums, en responder á las cartas que le dirigian; y la vida ociosa, que habia creído tan favorable á la inspiracion, no le dejaba tiempo alguno desocupado.

En recompensa, sus gastos se aumentaban de dia en dia. Mezclado con el mundo elegante, habia forzosamente adoptado sus costumbres dispendiosas. Las botas barnizadas, los guantes blancos, los coches por horas, le arruinaban; y se apercibió al cabo de tres meses de que no le quedaba nada de la suma pagada por el librero. Justamente alarmado, quiso recurrir al medio mas pronto de renovar su recursos. Escribió con precipitacion un artículo, y lo llevó á una de las revistas que habian solicitado recientemente su colaboracion; pero despues de algunos dias de espera, el artículo le fué devuelto como demasiado ligero para el periódico. Se humilló á dárselo á una publicacion menos importante: se encontró el artículo demasiado grave: un tercero, objetó que tenia provision para largo tiempo: en



fin, por todas partes encontró excusas que ocultaban una repulsa.

Admirado, corrió casa de su protector; pero éste, lejos de tomar parte en su desgracia, se alegró de ella en alta voz. Francisco no había nacido para malgastar su númen en esos vulgares restauradores del espíritu llamados diarios; se debía todo entero al grande culto del arte; Dios lo había marcado con el sello de la poesía: su musa no podía sin ser criminal bajarse á esas pequeñeces; lo que le convenia pedir, era el tripode, las Pitomisas ó el carro inflamado de Elias!

Aquí, el académico que había tomado su chocolate, se interrumpió para subir al coche, y el jóven obrero volvió á su casa mas aturrido que persuadido.

Quiso, sin embargo, sacudir la tristeza y llamar en su auxilio á la inspiracion; pero su espíritu, atormentado por la inquietud, no podía abstraerse; el recuerdo de la realidad venia á detener todos sus destellos.

Por otra parte, sus primeros versos habian nacido á la manera que las flores en las praderas, libremente y sin esfuerzos; no sabia violentar su imaginacion rebelde, aguijonearla como un caballo de picadero, animarla á su pesar, trasformar en fin en trabajo riguroso una distraccion pasajera. Se parecia á un aficionado que despues de haber cultivado un huertecito por su gusto y á su comodidad, se encontrase de pronto jardinero á destajo, forzado á hacer de continuo y para vivir, lo que no habia hecho hasta entonces mas que por pasatiempo y distraccion. Tenia el gusto de la poesía; pero ignoraba el oficio de poeta.

Es necesario aprenderlo en medio de las angustias del presente, y de las incertidumbres del porvenir. Francisco renunció á las disipaciones que habian hasta entonces ocupado su tiempo; se encerró en su casa, llamó en su auxilio toda la energía de su inteligencia, y acertó á terminar un poema que se apresuró á llevar á su librero. La impresion se apresuró en razon de la impaciencia del jóven, y al cabo de un mes su segundo volumen pudo ser publicado.

(Concluirá).

## VARIETADES.

### LA CARIDAD MÁS MERITORIA.

Habia una Reina tan buena y tan sumisa y guiada por la enseñanza de Dios, que daba con su virtud y saber decoro al trono, y con su ejemplo una gran leccion á sus vasallos.

Estableció esta gran Reina un premio para aquel

que en el año transcurrido hubiese hecho la mayor y más perfecta obra de caridad, conociendo que era esto una gran enseñanza práctica al alcance de todas las inteligencias.

Cuando llegó el plazo señalado por ella, y estaba reunido un inmenso concurso presidido por la Reina en su trono, se acercó uno y dijo que habia labrado en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El corazon de la buena Reina se llenó de gozo al oir esto, y preguntó al benéfico sugeto si estaba el hospital concluido. «Sí, señora, contestó el interrogado; solo falta poner en el frontispicio la lápida con letras de oro que conste en qué fecha y por quién fué construido el edificio.» La Reina le dió las gracias, y se presentó otro.

Este dijo que habia costado á sus expensas un cementerio en su pueblo, que de este carecia. Alegróse la virtuosa Reina de tan útil y caritativa obra, y le preguntó si estaba concluido, á lo que contestó el interrogado que sí, y que solo faltaba concluir el hermoso enterramiento que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia. Dióle gracias la Reina, y en seguida se presentó una señora que dijo que habia recogido una pobre niña huérfana que se moria de hambre, y la habia criado dándole lugar de hija que no tenia.

—¿Y la tienes contigo? preguntó la Reina.

—Sí, señora, contestó la interrogada: es tan dispuesta, que cuida de las cosas de la casa y me asiste á mí con esmero, por lo que la quiero tanto, que no consentiré que se case ni se separe de mí mientras Dios me dé vida.

Celebró mucho la Reina esta digna obra de caridad, y fué distraida por un tropel; las gentes abrian calle á un hermoso niño, el que arrastraba tras sí á una pobre anciana de miserable aspecto, que hacia esfuerzos por deshacerse de sus manos y huir de aquel lugar tan concurrido.

—¿Qué quiere ese bello niño?—preguntó la Reina que no cerraba sus oidos, que eran mas de madre que de soberana, á ninguno que deseaba hablarle.

—Quiero, contestó el niño con mucha gravedad y dulzura, traer á vuestra Majestad á la que ha merecido el santo premio que habeis instituido para la mayor y la mejor obra de caridad.

—¿Y quién es? preguntó la Reina.

—Es esta pobre anciana, contestó el niño.

—Señora, dijo toda cortada y confusa la anciana, nada he hecho ni puedo hacer, porque soy una infeliz que vivo de la limosna.

—Y no obstante has merecido el premio; dijo en tono suave, pero decidido, el niño.

—Pues ¿qué has hecho? pregunto la noble Reina, que antes de todo queria ser justa.

—Me ha dado un pedazo de pan, respondió el niño.

—Ya veis, señora, exclamó apurada la anciana; ya veis, un mendrugo de pan!

—Es verdad, repuso el niño, que no fué más que un pedazo de pan; pero estábamos solos y fué el único pan que tenia.

La Reina alargó conmovida el premio á la caritativa pordiosera, y el niño, que era el Niño Dios, se elevó á las alturas bendiciendo á la grande y virtuosa Reina que daba premio á la caridad, y á la buena y humilde anciana que lo habia merecido.

Fernan Caballero.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.